

Metodología cualitativa y análisis estadístico en Antropología Social

JOAQUÍN GUERRERO MUÑOZ

ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y ESTADÍSTICA

La Antropología social y cultural, tal y como hoy la conocemos, se configuró desde sus inicios como una disciplina inequívocamente más cercana a las Ciencias del Espíritu –según la conocida dicotomía de Dilthey– que a las Ciencias de la Naturaleza. Sus paradigmas, teorías, modelos, métodos y procedimientos de investigación, junto con su objeto de estudio, la encuadraban en el espacio del conocimiento reservado para las ciencias «blandas», como otros las han denominado. De alguna manera, esta esencia distintiva, la ha situado con frecuencia en el difícil terreno de la incertidumbre. Digo «incertidumbre», porque las realidades complejas que la antropología social pretende explicar y comprender se escapan, si tomamos como punto de referencia los presupuestos dictados por el método científico-experimental, a cualquier determinación objetiva en términos de control de variables, replicabilidad del experimento y generalización de los resultados.

Sin embargo, se ha extendido con demasiada celeridad entre disciplinas afines a la Antropología social como la Psicología, la Sociología y la Economía, el deseo de alcanzar los criterios de rigor y contrastación empírica, propios de las ciencias «duras». La precisión, la certeza causal y la capacidad predictiva del método experimental se han transformado en el *ideal* metodológico entre las Ciencias Sociales. Esto mismo ha disparado una carrera competitiva por lograr ascender en el *ranking* de experimentalidad, pese a que ello ha supuesto, en ocasiones, considerar exclusivamente los fenómenos sociales bajo un planteamiento teórico-metodológico que obvia por completo su naturaleza multicausal y relacional.

Este proceso mimético no ha dejado al margen otros saberes menos «científicos», experimentales o, si se quiere, no tan predictivos, como es el caso de la Antropología social. Lo curioso es que los antropólogos, principalmente aquellos vinculados de forma directa con el mundo académico, no han dejado de trabajar en aras del rigor, la exhaustividad y el “buen hacer antropológico”. Otra cosa bien distinta es determinar si nuestros criterios epistemológicos y metodológicos coinciden o no con los del *método experimental*, y cuáles son las razones de esta divergencia. No obstante mi propósito no es desarrollar una cuestión que ya han tratado brillantemente otros autores¹.

Un claro ejemplo de este anhelo es el hecho de que las monografías etnográficas se vuelven más sistemáticas y concienzudas; incluso es frecuente que los autores combinen a la par técnicas e instrumentos de investigación, tanto cualitativos como cuantitativos, en el manejo, análisis y exposición de la información obtenida en sus trabajos de campo. De igual modo se percibe un esfuerzo por operativizar y poner a prueba sus hipótesis teóricas, por conferir al trabajo de campo una estructura y un diseño acordes con las tareas del antropólogo y las posibilidades reales de contrastación empírica. En esta dirección por ejemplo, Teresa San Román² no ha dudado en diferenciar una *primera etapa* del trabajo de campo, entendida como una aproximación inicial a un contexto desconocido que nos permitiría construir, por medio de la observación participante, hipótesis teóricas, conceptos, categorías y explicaciones en términos causales o funcionales, y una *segunda etapa* dedicada a su contrastación minuciosa.

Mi opinión es que la Estadística puede cumplir un papel importante en este empeño. Desde luego no podemos decir que, históricamente, la Estadística haya sido una completa desconocida para el antropólogo, sobre todo desde que E. B. Taylor la introdujera en nuestra disciplina, a finales del siglo pasado, de la mano del método comparativo. Un ejemplo significativo lo tenemos también en la investigación realizada por George Murdock desde el *Institute for Human Relations* de la Universidad de Yale —que posteriormente pasaría a integrarse en el *Human Relations Area Files*— sobre más de doscientas sociedades al objeto de localizar rasgos culturales covariantes en relación a la familia, los grupos de parentesco, los sistemas de filiación, etc. Seguramente esta modalidad de comparación *a gran escala* o intercultural, es la que más ha trascendido al resto de las Ciencias Sociales.

Lo cierto es que entre las Ciencias Sociales se viene haciendo hincapié en dos estrategias de investigación en consonancia con el ideal de comparación experimental: el *estudio de casos* y el *estudio de variables*. En el primero de ellos —que debemos a Max Weber— se trabaja con un número reducido de *casos* definidos de forma teórica, y se comparan globalmente para llegar a generalizaciones, a partir de las similitudes y las diferencias halladas entre todos ellos.

¹ Cfr. ÁLVAREZ MUNÁRRIZ, L.: *Antropología Teórica*, P.P.U., Barcelona, 1990; GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, A.: *La construcción teórica en antropología*, Anthropos, Barcelona, 1987.

² Cfr. SAN ROMÁN, T.: «De la intuición a la contrastación: el trabajo de campo en la antropología y en la formación de nuevos antropólogos», en GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, A. (Coord.); *Epistemología y Método, Actas del VII Congreso de Antropología social*, Zaragoza, 1996, pp. 167-178.

El segundo, propuesto por Emile Durkheim, implica el análisis de variables concretas y de sus relaciones. Su objetivo es comprobar hipótesis derivadas de teorías previas relativas, precisamente, a las características de los procesos y las unidades sociales³. Es propio del *estudio de variables* disponer del método estadístico a lo largo de la comparación, lo cual supone la manipulación conceptual y matemática de datos empíricos que pueden ayudarnos a descubrir relaciones entre variables. Podemos decir, salvando peculiaridades muy concretas, que el estudio de Murdock se encuentra en esta línea de trabajo. En buena medida cuando realizamos comparaciones *a gran escala* estamos obligados por un lado, a limitar los segmentos de análisis, y por otro, a manejar una cantidad enorme de información traducida en números que para su confrontación responden a ciertas reglas estadísticas.

Parece que la Estadística posee un valor incuestionable en este tipo de comparación, sin embargo podríamos preguntarnos qué utilidad tiene cuando el antropólogo propicia comparaciones *a pequeña escala* o intraculturales, desde un marco cualitativo, a través de la descripción, la observación participante y el microanálisis sociocultural. Es decir, qué provecho puede obtener de la Estadística cuando tras una dilatada estancia sobre el terreno, regresa al punto de partida repleto de manuscritos, notas de campo, entrevistas, cuestionarios, etc.

EL LENGUAJE MATEMÁTICO DE LA ESTADÍSTICA

Antes de responder a esta cuestión, conviene dar un paso previo que nos permita aclarar unos cuantos términos y conceptos estadísticos. Empezaremos diciendo que la Estadística, como disciplina matemática, se dedica a recoger, ordenar y analizar índices cuantitativos –numerales– extraídos de cierta *población* seleccionada previamente por el investigador. Por lo general, dado que las posibilidades de acceso a la totalidad de la población que nos interesa suelen ser limitadas, en la práctica el investigador extrae un subconjunto representativo o *muestra* con el que finalmente desarrolla su estudio. Así pues, además de describir las múltiples y particulares características de una muestra, en realidad la Estadística aspira a extrapolar, valiéndose del Cálculo de Probabilidades, los resultados muestrales al resto de la población. Es por ello que la Estadística se desdobra en dos ramas complementarias: la «Estadística Descriptiva» y la «Estadística Inferencial».

En lo que respecta a la antropología social es evidente que la muestra o la población de estudio, según sea el caso, nunca es seleccionada siguiendo criterios probabilísticos de muestreo, (muestreo al *azar*, *estratificado*, por *conglomerados*, etc.), sino que lo es teniendo muy presente la finalidad del estudio, los intereses, las motivaciones y la preparación del investigador. La decisión sobre el foco de atención de nuestro trabajo de campo responde a otras fórmulas metodológicas. Con toda seguridad esta es una de las razones, –junto con la idea de que para alcanzar un nivel elevado de fiabilidad etnográfica necesariamente hay que implicar la subjetividad del investigador por medio de la observación participante⁴– que han esgrimido con más contundencia

³ Cfr. CAÏS, J.: *Metodología del análisis comparativo*, C.I.S., Madrid, 1997, pp. 11-38.

⁴ Cfr. ANGUERA, M. T.: «La observación participante», en Aguirre Baztán, A. (Ed.); *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*, Marcombo, Barcelona, 1995, pp. 73-84.

los sociólogos para cuestionar las teorías y las conclusiones generalistas derivadas de nuestra actividad investigadora.

Un aspecto relevante de la Estadística que nos interesa destacar ahora es su *lenguaje matemático*. En otras palabras, el antropólogo, como otros tantos científicos sociales, opera sobre una información muy variada referida a fenómenos, hechos y acontecimientos de la realidad social, y la Estadística le permite traducir al lenguaje matemático un amplísimo número de características, variables, y modalidades relativas a estos mismos fenómenos que acabo de mencionar.

En Estadística una «escala de medida» agrupa un conjunto de modalidades empíricas distintas, y de números puestos en correspondencia biunívoca con ellas. S. S. Stevens señaló, hace ya bastantes años, que cuando atribuimos valores numéricos a cualquier objeto o suceso de nuestro entorno de acuerdo con ciertas reglas, estamos en definitiva midiendo o concretando una escala de medida⁵. Administramos un número o símbolo matemático que se corresponde con el elemento de la realidad sustituido, conforme a unos principios matemáticos y relacionales como por ejemplo la *igualdad-desigualdad*, el *orden*, la *suma*, la *resta*, etc.

Desde luego no es lo mismo medir el número de hijos de una familia nuclear monógama, que la religiosidad expresada por una comunidad o grupo de individuos. Por ello es que existen diferentes escalas de medida: *nominal*, *ordinal*, de *intervalos* y de *razón*. En Antropología social trabajamos habitualmente con características cualitativas como la ocupación laboral, el lugar de procedencia, el grado de filiación o parentesco, las prácticas festivas y religiosas, etc. Este conjunto de rasgos culturales tan sólo pueden ser considerados por la Estadística a un nivel meramente *nominal*. ¿Qué quiere esto decir?, pues que los números atribuidos a las respectivas modalidades (si consideramos por un momento la característica *sexo*, ésta posee dos modalidades: hombre y mujer, varón o hembra) mantienen con ellas una relación estricta de *igualdad-desigualdad*. Utilizamos los números como símbolos distintivos y arbitrarios, que de ninguna manera reflejan una cualidad adicional de las modalidades que representan. Vemos que podemos hacer la siguiente distinción hipotética entre católicos: (1) «practicante» y (2) «no practicante». Pues bien entre los números escogidos para esta categorización matemática, uno y dos, carecería de sentido establecer relaciones del tipo $1 + 1 = 2$, o $2 - 1 = 1$. En el primer caso estaríamos diciendo algo así como que dos católicos «practicantes» es igual a uno «no practicante», y en el segundo que un católico «no practicante» menos uno «practicante» es igual a otro «practicante». En este ejemplo resulta evidente que los números funcionan como distintivos o placas de identificación, y no pretenden decirnos nada más.

Estas modalidades que acabo de describir son enteramente *cualitativas*, en cambio existen otras –denominadas *cuasi-cauntitativas*– que pueden ser tenidas en cuenta a un nivel *ordinal*. Entonces los numerales atribuidos a cada una de las modalidades expresan una continuidad de valores jerarquizada en grados, de mayor a menor, o a la inversa. Si tomamos la característica «estatus socioeconómico» y contemplamos tres supuestas modalidades: (1) «ba-

⁵ STEVENS, S. S.: «On the Theory of Scales of Measurement», *Science*, 1946, Vol. 103, núm. 2.684, pp. 677-680.

jo», (2) «medio» y (3) «alto», en realidad estamos utilizando los números para indicar, no sólo una diferencia de modalidades sino también verificar un orden entre ellas, de mayor a menor, o viceversa.

Por último, es muy probable que también lleguemos a considerar en nuestros trabajos características como la edad, la extensión de las tierras de cultivo, el número de cabezas de ganado, el total de proteínas animales en la dieta de un grupo de cazadores-recolectores, etc. Todas estas características, y sus posibles modalidades, son de naturaleza *cuantitativa*, además los números atribuidos a las mismas nos permiten llevar a cabo operaciones aritméticas como la suma, la resta, la multiplicación y la división.

De esta manera, la organización y el análisis estadístico de los datos etnográficos, ha de responder primeramente a una lógica matemática que nos pueda asegurar la coherencia de los resultados. Por otro lado no toda la información etnográfica puede ser traducida al lenguaje matemático, es decir, la *densidad* que diría Geertz, de los fenómenos que abordamos sobrepasa un con creces las posibilidades de las funciones estadísticas. No por ello debemos renunciar a las ventajas que nos ofrece un instrumento tan valioso, que a continuación veremos puede resultar muy útil como estrategia de descripción, explicación, comparación y confirmación de hipótesis.

TRABAJO DE CAMPO Y FUNCIONES ESTADÍSTICAS

Quisiera retomar un interrogante que había quedado sin contestar al inicio de esta exposición, ¿qué funciones desempeña la Estadística en el trabajo de campo? ¿Cómo puede el antropólogo beneficiarse de este instrumento? Desde mi punto de vista existen cinco funciones alternativas que muy bien pueden contestar estas dos preguntas: *taxonómica* o *inventarial*, *descriptiva*, *explicativa*, *comparativa* y *confirmatoria*.

1. *Función taxonómica o inventarial*. Sabemos sobradamente que una etnografía intensiva sobre una comunidad, un colectivo, una institución social o un sistema de creencias cualesquiera, puede suponer una recogida minuciosa y abultada de innumerables datos de interés para el estudio antropológico: localizaciones geográficas, recursos materiales, grupos de parentesco, edificaciones, rituales, ceremonias, campos semánticos, nominaciones, etc. La Estadística, como hemos visto, posee la ventaja de expresar numéricamente dimensiones o variaciones de una característica. El manejo de estos datos resulta más económico y operativo si procuramos agruparlos en taxonomías, mapas o inventarios. Ello nos permite el acceso rápido y directo a una información acotada, y su comparación inmediata con otras fuentes etnográficas.

2. *Función descriptiva*. La Estadística no hace sino complementar lo dicho anteriormente. Cuando recopilamos un conjunto de rasgos culturales necesitamos posteriormente encajarlos como si se tratara de piezas de un rompecabezas, para de este modo obtener un reflejo fidedigno del segmento de la realidad que hemos tomado como referencia. En esencia, buena parte de nuestro tiempo lo dedicamos precisamente a componer una descripción monográfica que abarque la totalidad de matices y señas culturales del contexto en el que ha tenido lugar nuestra investigación. La Estadística nos ofrece conceptos matemáticos, *media*, *varianza*, *desviación típica*, etc., e índices

cuantitativos sobre una muestra de estudio que se pueden aplicar según nuestras necesidades, y cuyo significado tiene un peso importante en la construcción de hipótesis y explicaciones teóricas. Esta función engarza con la siguiente, puesto que en ningún momento debemos separar la Estadística de la lógica cualitativa de la investigación sociocultural, es decir, los números no van a suplantar lo verdaderamente primordial en la etnografía: la observación participante.

3. *Función explicativa.* El diseño de investigación en antropología es cualitativo, holístico e interactivo, de modo que los instrumentos se acomodan a su propia naturaleza: entrevistas en profundidad, historias de vida, grupos de discusión, charlas, etc. El objetivo final es aprehender comprensivamente el discurso cotidiano de nuestros informantes, para así dibujar sus trayectorias personales, sus creencias y modos de vida; perseguimos en definitiva explicar lo que sucede en la realidad social, y por qué, a través de sus protagonistas, con toda la carga emocional, biográfica y humana que ello implica. Pero no por ello hemos de obviar otras fuentes de conocimiento como la Estadística, en la medida, por ejemplo, que pueden ayudarnos a construir hipótesis y teorías que nos procuran explicaciones razonables de mayor consistencia. Así pues los números aportan una información, que insertada en la corriente de la interpretación antropológica, nos conduce indudablemente hacia una comprensión de la realidad más profunda y certera.

4. *Función comparativa.* Esta traducción de la realidad social en datos numéricos, permite al antropólogo realizar constantes y genuinas comparaciones entre diferentes muestras, características y modalidades. Es muy común que los profesionales de la antropología social se especialicen en áreas y regiones del planeta, o en cuestiones particulares como el género, el parentesco, la etnología, el folklore, etc. A lo largo de su trayectoria investigadora pueden acometer sucesivas empresas, con el fin de confrontar sus hipótesis y recabar más información. Esta constancia temática es, en general, un común denominador entre los investigadores, al margen de su procedencia y formación. La cuestión no es otra sino que la Estadística resulta una herramienta idónea para la comparación a pequeña y gran escala, ya que oferta la posibilidad de un contraste sistemático entre modalidades distintas y similares, y entre grupos de población colindantes. Es posible determinar ciertos indicativos constantes, invariantes, establecer correspondencias entre comunidades, etnias, clanes, etc., a partir de una o varias coincidencias halladas entre las modalidades de una característica o variable.

5. *Función confirmatoria.* En ocasiones al antropólogo puede descubrir, a través de la Estadística, que sus hipótesis y suposiciones de partida han dejado de lado matices que no había considerado relevantes, pero que en cambio lo son. Esta circunstancia nos conduce con frecuencia al error, y pone en evidencia la consistencia de nuestras conclusiones. Recurrir a los procedimientos y las fuentes estadísticas con el fin de confrontar nuestros datos etnográficos es, a mi modo de ver, perfectamente lícito y además muy aconsejable. Entresacar y descifrar lo que los números nos quieren decir, cotejándolo con las impresiones derivadas de la observación participante, nos asegura una fiabilidad mayor. Tengamos en cuenta que nuestras hipótesis deberían adoptar siempre una condicionalidad temporal, es decir, han de poder ser replantea-

das y reformuladas en cualquier momento a lo largo de todo el trabajo de campo.

CONCLUSIÓN

Ha sido éste un breve repaso de las aportaciones más destacadas de la Estadística a la Antropología Social moderna. A mi modo de ver, es indispensable para el antropólogo tomar conciencia de la importancia de los recursos cuantitativos en los diseños de investigación cualitativos. En primer lugar porque así, estaríamos en posición de asumir con mayor certidumbre algunas de las hipótesis que dirigen nuestro trabajo de campo, y en segundo lugar porque finalmente la Estadística resulta un complemento adicional a la etnografía, sin que por ello estemos anulando lo que es propio de esta metodología: la observación participante.

De todo lo dicho anteriormente, no debe desprenderse la conclusión de que nuestros métodos y procedimientos de investigación son insuficientes para analizar con propiedad los fenómenos socioculturales que nos ocupan en calidad de antropólogos. En realidad la idea es otra bien distinta. Estamos llamados a progresar en la investigación sociocultural, y ello necesariamente supone suavizar la dicotomía «cuantitativo» *versus* «cualitativo», en el sentido de que se posibilite, al menos, un trasvase razonable de información entre ambos planteamientos metodológicos, y en la medida que ello suponga una comprensión más audaz de nuestros distintivos modos de vida, sobre la base de un entramado social complejo.